

Tres preguntas para estos quinientos años

Las
preguntas
del
misionero

La realidad latinoamericana, como toda realidad histórica, es pluridimensional. Mucho se ha escrito sobre ella en este año aniversario. No todo es componible. Pero el conflicto de las interpretaciones forma parte sustancial de nuestra realidad histórica. Nuestra realidad es hasta hoy contradictoria. Reconocer esas contradicciones es ejercicio elemental de honradez con la realidad y camino hacia su resolución. Una postura meramente asertiva se condena a la superficialidad. Sólo el preguntar abre el camino hacia la realidad. Hay preguntas que calan más hondo que otras. Y hay algunas que llegan hasta su mismo corazón.

Nosotros creemos que la serie de preguntas que formularon los misioneros por estas tierras en 1511 siguen siendo hoy la clave para entender nuestro problema y nuestro quehacer como pueblos. Convocaron los dominicos a todos los vecinos de La Española para hablarles de los no vecinos. La Española era la isla que los indígenas llamaban Haítí. Los españoles, al señorearla y avecindarse en ella, la cambiaron de nombre para proclamar en qué querían convertirla. Por un acto sostenido de señorío quedó borrada toda una historia y negados sus forjadores. La tierra, deshistorizada, fue devuelta a la naturaleza como paraíso de delicias y como tierra virgen dispuesta para la explotación. Sus habitantes, desculturizados, fueron reducidos a bárbaros para quienes la sumisión y el trabajo eran el único modo de alcanzar la humanidad y mantenerse en ella. Así se instaura en Indoamérica La Española. Así la instauran los españoles que la señorearon.

Pues bien, en estos albores, los misioneros dijeron a los señores, refiriéndose a los antiguos habitantes de estas tierras, que en la práctica fueron privados de todo derecho: «¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?» (Las Casas: Historia de Las Indias L. 3, c.4.).

Estos son
hombres

Muchas cosas han cambiado a través de estos quinientos años. Pero estas siguen siendo las repúblicas de los descendientes de los españoles avecindados en ellas, de los descendientes de otros occidentales que emigraron más recientemente y de algunos mestizos occidentalizados. Esto es La Española mucho más que hace quinientos años. Y no lo es más porque estos hombres no han tenido todo el poder y capacidad que desearon para quebrar la resistencia de la naturaleza y los naturales, y moldear estas repúblicas según sus deseos, que consisten en occidentalizarlas integralmente. Más aún, aunque con gran humillación, reconocen que se han quedado rezagados; que se les ha pegado un tanto, piensan, la rutina, la mollicie y barbaries nativas, y que necesitan de una acción enérgica de Occidente para que culmine el proceso de occidentalización. Aunque temen que esa acción los desplace también a ellos, considerados a su vez por el Occidente desarrollado como nativos barbarizados.

Al mirar a los occidentales superdesarrollados muchos criollos y acríollados se preguntan íntimamente si ellos llegan a la categoría de civilizados, si son gente, si pueden ser considerados como seres humanos propiamente dichos. Pero de lo que no tienen duda es de que en estas tierras ellos (y por supuesto los occidentales que andan haciendo negocios o representando a sus países) son los únicos seres humanos que las habitan. Bastantes no niegan (como tampoco lo hicieron sus antepasados) que los no occidentales tengan posibilidad de desarrollar sus facultades y llegar a ser verdaderos y plenos seres humanos. Aunque no pocos, basados, dicen, en tan larga historia, lo dudan o lo niegan paladinamente. Pero generalmente convienen en que hoy por hoy todavía no han llegado a tal actualización de sus potencialidades humanas que puedan cargar sobre sus hombros responsabilidades de conducción económica, política, cultural o religiosa.

Si nos atenemos al lenguaje de los hechos, ningún observador imparcial pondrá en dudas que en estas repúblicas los no occidentales u occidentalizados no son sujetos de derecho. Lo que reciben es por vía de concesión o porque lo arrebataron. Sólo ellos van a las cárceles. Sólo ellos son obligados a servir en los ejércitos. Ni la policía ni ninguna autoridad les debe explicaciones ni se las da. Se les miente descaradamente. Se les falta continuamente el respeto. Y no tienen derecho a reclamar ante ningún tribunal. Ellos tienen que levantar con sus manos sus casas y dotarse de servicios. Reciben los peores alimentos y al más alto precio. Y lo mismo el transporte o los materiales para sus viviendas. No tienen acceso a una educación o salud, dignas de estos nombres. Para entrar en el mercado de trabajo han de capacitarse a sus expensas y están completamente a merced de los empleadores. No es abusivo concluir que para los que organizan y dirigen estas repúblicas, estos no son hombres, porque no se les reconoce en la práctica el estatuto de seres humanos.

No existen
con ellos
obligaciones
vinculantes

No sólo no se reconoce el derecho de los no occidentales u occidentalizados. Desde ese etnocentrismo occidentalista que caracteriza a nuestras instituciones republicanas, cabría todavía la responsabilidad por su occidentalización. Podría sentirse la solicitud de su promoción, el desvelo, el encargo de su asimilación. Podrían ser repúblicas abocadas al apostolado de la

Integración de las masas populares al Occidente, a lo que piensan que es la condición de seres civilizados y adultos. Pero el estamento criollo no siente ninguna motivación al respecto. Y desde luego no cree tener ninguna obligación de integrarlos al orden establecido. Mucho menos aún cree que deba respetarlos tal cual son, en su propia condición cultural; que deba reconocerlos como distintos, pero con la misma dignidad que ellos mismos.

Los occidentales de América Latina no creen tener vínculos obligantes con los indígenas, con los negros o con las masas populares. Decir que están obligados a amarlos como se aman a sí mismos es para la generalidad una formulación lírica, que no tienen ninguna intención de convalidar.

Dormidos en un sueño letárgico

Así pues, el problema no es sólo que en nuestras repúblicas los no occidentales no sean reconocidos en la práctica como sujetos de derechos y que no se sienta ante ellos ningún vínculo obligante. La raíz de este problema y que impide su resolución es que estas cuestiones no están realmente planteadas para los occidentales u occidentalizados, que son quienes configuran estas repúblicas, las dirigen y usufructúan, y se consideran a sí mismos como los únicos verdaderos sujetos de derecho. Se ha naturalizado de tal modo la situación que no se la ve como problemática. No se percibe ni se siente esta falta radical de reconocimiento y de vínculos.

La ideología que naturaliza la situación produce así un profundísimo sueño letárgico que impide despertar a la realidad. Por eso es posible leer hoy el discurso de Antón Montesinos (al que pertenecen las preguntas citadas) con indignación a causa de la insensibilidad de los vecinos de La Española, sin percartarnos de que esas mismas preguntas se dirigen a nosotros y juzgan la situación presente de nuestras repúblicas. Estas preguntas nos definen tanto, que ni siquiera nos dejamos afectar por ellas, como si lo hicieron aquellos colonos que se resintieron tan profundamente que emprendieron una campaña político-ideológica a fondo hasta lograr que las preguntas se acallaran, que fueran neutralizadas.

Hoy, tras cinco siglos de campaña, no sólo las preguntas están completamente neutralizadas para los dirigentes occidentales u occidentalizados sino que tampoco resuenan en muchas personas populares, que llegaron a aceptar que, en efecto, sólo los que poseen la cultura occidental son verdaderamente gente, y que los que no la poseen están así por su propia culpa, por su falta de iniciativa, y no por la irresponsabilidad y discriminación de los occidentales que moldean y controlan estas repúblicas.

Preguntas sagradas

Así pues la pregunta de quién es hombre en América Latina se dirige hoy tanto a los dirigentes como a los pueblos; así como también se dirige a ambos la cuestión de si existen vínculos obligantes entre los miembros, diversos, de nuestras sociedades. Ambas preguntas son hoy decisivas para nuestro destino como naciones y como pueblos.

Hace cinco siglos el misionero planteó sus preguntas en nombre de Dios. Y ligó absolutamente la salvación de los españoles a su respuesta. Hoy siguen siendo preguntas sagradas; es decir absolutas, incondicionadas. Y de su respuesta efectiva depende igualmente nuestra realización como seres humanos. Reconocer en la práctica que los indígenas, los negros, los pueblos son sujetos plenos de derechos y que tenemos hacia ellos vínculos obligantes es hoy una tarea impostergable que ninguna otra puede relativizar. A ella se han de supeditar todas las otras metas, incluso la de acabar con la inflación y aumentar la productividad. Todas éstas deben llevarse a cabo como mediaciones de aquellas. Sólo así llegaremos a ser todos los latinoamericanos (occidentales, occidentalizados, indígenas, negros y pueblos) verdaderos seres humanos. Estas son, a nuestro modo de ver, las preguntas y tareas que definen nuestra situación y la abren a la realidad. Si no queremos encararlas y responderlas como Dios manda, serán ineficaces todas las otras medidas que tomemos porque ninguna podrá librarnos de la deshumanización radical que entraña el desconocimiento de tantos seres humanos y la irresponsabilidad para con ellos.

La primera prioridad en América Latina es que todos los que la habitamos, tan diferentes unos de otros, nos reconozcamos en la práctica como seres humanos. Y este reconocimiento de la humanidad de cada quien pasa necesariamente por el reconocimiento práctico de los pueblos (indígenas, campesinos, suburbanos) como sujetos de derechos. Este reconocimiento entraña asumir que estamos todos vinculados y que esos vínculos son sagrados, incondicionados y obligantes. Sólo si nos entregamos sinceramente a hacer realidad esta primera prioridad, serán viables las otras: la asunción de elementos civilizatorios indispensables, la de actitudes y hábitos que hagan posible la productividad, para intercambiarlos simbióticamente con el Occidente desarrollado, desde nuestra realidad pluricultural reconocida y dialogada.

Abrigamos cierta esperanza de que esa prioridad latinoamericana pueda ser asumida por un número creciente de personas, grupos y comunidades, y que se expresará cada vez más en instituciones y estructuras, porque estas preguntas también pertenecen a la entraña de nuestra historia latinoamericana, porque siempre han resonado en ella y porque esta hora menguada de barbarie, opresora, marginadora, negadora de todo vínculo humano no ha podido acallarlas sino que, a contrapelo de ella, resuenan hoy con más fuerza y eficacia buscando al fin una respuesta.